

Implicaciones

Don Giussani. "Por qué la Iglesia". Tercera Parte, Capítulo I, 2. pto c)

c) A través del ambiente y el momento histórico-cultural

El hombre está condicionado por el momento histórico-cultural en el que se desarrolla su vida terrena y por el ambiente en que se inscribe ésta. Vive su cristianismo en medio de un cierto tejido de exigencias, estímulos, grandezas y estrecheces. Los valores que presenta la Iglesia tendrán por ello un rostro caracterizado en cada época por los límites y las cualidades de la particular visión de la vida que se afirma en esa misma época.

Es especialmente significativo, a este respecto, un ejemplo que se refiere a los primeros cristianos. Se trata de la epístola más concisa de Pablo, conocida como carta a Filemón¹. Esta vez «carta de recomendación» enfoca un tema que interesa para nuestra reflexión: la actitud de los primeros cristianos frente a la esclavitud. Pablo remite a Onésimo de nuevo al rico señor del que era esclavo, a quien el apóstol conocía y que probablemente se había convertido por él. No le dice que Onésimo tenga que dejar de ser su esclavo porque de la enseñanza de Jesús se deduzca la igualdad entre los hombres. ¿Por qué? Porque como hijo de su tiempo -del mismo modo que Filemón y Onésimo- él «entendía la esclavitud como un dato de hecho, que no constituía problema alguno: formaba parte del orden social establecido, que no era, obviamente, el mejor orden posible»². Es decir, Pablo aparece sujeto en esto a los condicionamientos sociales de la época. No obstante, expresa el valor de la persona, pidiendo al dueño que acoja al esclavo fugitivo «para que por siempre le tengas, no ya como esclavo sino, mucho más que esclavo, como un hermano amadísimo [...] Si me tienes, pues por amigo, acógele como a mí mismo»³. «La verdadera novedad [...] consiste en la nueva relación que amo y esclavo tienen con Dios, y que transforma la esclavitud común de la condición humana ante la Fortuna en el obsequio racional a un Dios que libera a quien le sirve por amor. Esta concepción podía chocar con la soberbia de una sociedad orgullosa (a la que también espoleaban, por lo demás, las palabras del romano y pagano Séneca), pero no entraba en conflicto con el derecho romano que [...], a diferencia de la filosofía griega clásica, reconocía al esclavo una igualdad potencial con el amo, concediéndole la ciudadanía en el momento de su manumisión»⁴.

El cristianismo no está en el mundo para dejar sin sentido la dinámica de la evolución histórica, sino para comunicar aquellos valores -como el valor de la persona- salvados los cuales cualquier evolución tiene instrumentos aptos para llegar a ser útil como expresión del hombre, pero que, si no se salvaguardan, ello hace que cualquier evolución se revuelva con descrédito y despecho contra la dignidad de la vida. El valor

¹ «La carta es una breve nota, dirigida a un cristiano, Filemón, dueño de un esclavo fugitivo, Onésimo, a quien el apóstol ha acogido junta a sí y que le restituye, recomendándolo como un hermano querido; está escrita durante un período de prisión y enviada presumiblemente a Colosas» (M. Sordi, *Paolo a Filemone, o Della schiavitù*, Jaca Book, Milán 187, p. 12).

² ° Ib., p. 49.

³ Flm 15-17

⁴ M. Sordi, *Paolo a Filemone, o Della schiavitù*, op. cit., p. 55

que aporta el cristianismo es algo que afecta al hombre en cuanto hombre y en cualquier circunstancia; más aún, el cristiano, aunque no se resigne a las circunstancias negativas, cuando sabe ser consciente de ellas, es capaz de afirmar lo humano incluso en las peores circunstancias. La circunstancia se mueve con el tiempo frente a los valores y se traduce en tarea transformadora.

Por ello, la misión del hombre cristiano se presentará manera completa exaltando, haciendo que emerja especialmente, o no negando, aquello que caracteriza culturalmente a la época histórica en que vive, precisamente por medio de una conciencia vigilante de los valores a los que se refiere la fe en su forma perfecta, si bien tendrá la tentación, en cada época, de ceder unilateralmente, de forma parcial, y facciosa, a los valores de la cultura dominante.

De modo que la estructura de la Iglesia, en cuanto instrumento humano, muestra siempre sensiblemente el aspecto mental y cultural característico de la época en la que opera. Pero, a diferencia de otras estructuras, la acentuación de un factor, por justo o equivocado que sea, por justificable o incomprensible que parezca, nunca podrá evitar que la verdad esté íntegramente presente en ella.

Quisiera aclarar esta reflexión con algún ejemplo.

A lo largo de la historia de la Iglesia han brotado experiencias cristianas diversísimas, en las cuales el cristianismo se ha manifestado con rasgos que sugerían los tiempos.

Acerquémonos, por ejemplo, a la experiencia de la Compañía de Jesús. En una época en la que se exaltaba el individualismo, la experiencia cristiana de la Compañía pone un fuerte acento en la individualidad, valorando así los factores antropológicos, históricos y culturales que caracterizaban a esos tiempos. Y, así, insistirá sobre la racionalidad en la vida de la fe y sobre la voluntad como factores necesarios para la adhesión.

No es que tales valores hubieran sido olvidados en experiencias precedentes, pero en cada una de éstas encontraremos un acento diferente. El movimiento benedictino, por ejemplo, subraya el fenómeno de la fe como acontecimiento global y, luego, en particular, sus dimensiones social y litúrgica⁵.

En la distinta atmósfera claustral que rodeó el nacimiento de la experiencia jesuítica, Ignacio impuso características diferentes⁶. En una época que ya presagiaba el racionalismo moderno, no sorprende que el perenne impulso de la Iglesia hacia su

⁵ «El monasterio -advierde Hertling- ofrece al monje todo. Es su mundo, y por eso no tiene nostalgia alguna del mundo exterior. El monasterio no es una prisión, sino que es cómodo y bello; y produce de todo, bastante mejor que fuera de sus muros. El abad es el padre de la familia claustral, a la que no gobierna basándose en un código penal y con medios coercitivos, sino con autoridad paternal. El servicio litúrgico, ocupación señera del monje, es rico, edificante, y no oprime con largas horas de oración. El monje ama el convento propio, que es su patria. En él reina la *pax* benedictina» (L. Hertling, *Historia de la Iglesia*, op. cit., cf. tr. p. 119).

⁶ «Ignacio reúne en sí un lúcido raciocinio con una dedicación mística a Cristo, la severa concepción de la obediencia de un soldado con una gran libertad de espíritu en el dar forma a la vida interior, una visión segura de las amplias tareas de la Compañía en el mundo con una comprensión amorosa de los individuos, la cortesía del hombre de mundo con el carácter sanamente concreto campesino vasco [...] "Trataba de reflexionar larga y atentamente sobre sus decisiones [...], pero, luego, cuando las había tomado ya, podía ejecutarlas sin respetos humanos, incluso con dureza. En sus *Exercitia spiritualia* aparece como uno de los más grandes doctores de la vida espiritual, un profundo conocedor de la naturaleza humana y un maestro en el trato con los hombres» (H. Jedin, «Origen y penetración de la Reforma católica hasta 1563», en H. Jedin [dir.], *Manual de Historia de la Iglesia*, t. V, Reforma, Reforma católica y Contrarreforma, Herder, Barcelona 1972, cf. Tr. P.

renovación tome también una forma que acentúa el vigor de la singularidad y la fuerza de la racionalidad. ¿Cuál es, sin embargo, el aspecto interesante de esta historia, su aspecto típicamente cristiano? Mientras que el individualismo nacido del Renacimiento tiende a «reducir al hombre a «individuo», una experiencia cristiana, como la de la Compañía de Jesús, no «puede olvidar el conjunto de factores que hacen del hombre un hombre, y sitúa al individuo en el contexto de una realidad orgánica que trasciende de la concepción puramente individualista de la persona. Cualquier experiencia cristiana está inducida a «cumplir» de este modo su propia naturaleza, prescindiendo del específico acento característico de la época en que viene a ponerse en marcha.

De este modo, si bien, por una parte, «como lo prueban la formación de sus miembros (elegidos con cuidado, bien divididos según sus capacidades, sometidos a muchas pruebas) y los mismos *Ejercicios*, Ignacio afirmó el ideal de una personalidad original y fuerte, por otra excluyó de éste todo lo que fuera subjetivismo: formó a sus discípulos rigurosamente, de acuerdo con los principios comunes a toda la Iglesia»⁷. *Y si los Ejercicios* de San Ignacio persiguen un ideal de perfección que maduró en cierta época y estaba marcado por la impronta de su excepcional singularidad, «reflejo de su lucha personal por alcanzar a Dios», « el carácter peculiar y adecuado a su tiempo que tiene este ideal de perfección consiste en su estrecho vínculo con la Iglesia visible»⁸. «La actitud religiosa de san Ignacio y de su orden es absolutamente *conforme a la mente de la Iglesia* [...] Estamos ante la actitud católica fundamental en toda su objetividad, es decir: una enérgica reacción al subjetivismo humanista y protestante, con la afirmación categórica de una postura teocéntrica»⁹.

La intención de esta particular experiencia cristiana es utilizar todos los recursos humanos «para gloria de Dios recursos y energías que deben descubrirse y afinarse.

Hemos visto, pues, un acento particular de la experiencia cristiana que surgió en el clima de una época determinada. Por ser auténticamente cristiana, captó us instancias justas, reproponiéndolas en el contexto de la concepción del hombre que la Iglesia había mantenido a lo largo de toda su historia.

Pero la Iglesia no se propone ciertamente vaciar de contenido lo que la evolución histórica introduce en la marcha de los asuntos humanos: la fe incide y determina la personalidad del sujeto que se dispone a actuar, pero éste usará los medios que sus dotes personales y los condicionamientos históricos le sugieran; y, si vive conscientemente en el contexto universal de la Iglesia, lo hará con un equilibrio, una prudencia y una paciencia que de otro modo no tendría. La Iglesia no tiene la misión de sustituir el trabajo del hombre. El cristiano de una determinada época de la historia dispondrá de medios que otros no tuvieron, y se verá privado de otros: este límite está en el corazón mismo del método del anuncio cristiano. Dios hecho hombre se comunicó «dentro» de una realidad humana, dentro de una precisa limitación histó-

⁷ J. Lortz, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, t. II. Edad Moderna y Contemporánea, Cristiandad, Madrid 1982, cf. tr. pp. 193-194.

⁸ H. Jedin, «Origen y penetración de la Reforma católica hasta 1563», en H. Jedin (dir), *Manual de Historia de la Iglesia*, t. V. *Reforma, Reforma católica y Contrarreforma*, op. Cit., cf. Pp. 621-622

⁹ Cf. J. Lortz, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, t. II. Edad Moderna y Contemporánea, op. cit., p. 199

rico-cultural. No es fácil aceptarlo, pero el anuncio cristiano se propone de este modo. Jesús no pudo aprovechar en su vida terrena cierta tecnología que sólo épocas posteriores han ofrecido al hombre, sino que valoró plenamente su tradición, su momento histórico, y esto no incide negativamente en la pretensión universal que tiene el anuncio cristiano, sino que, muy al contrario, la exalta de manera concreta.

Hace años, cuando enseñaba religión en un instituto de Milán precisamente mientras trataba de explicar esta relación necesaria que hay dentro del anuncio cristiano entre su pretensión y su condicionamiento histórico, me interrumpió un estudiante blandiendo con su mano un pequeño volumen. Era una publicación antológica del *Syllabus*, símbolo indiscutible, para los racionalistas, del «oscurantismo» la Iglesia de finales del siglo XIX. Aquel pequeño volumen contenía proposiciones que mostraban la flor y nata de las aberraciones clericales. Entonces pidiendo el libro al estudiante, me dispuse a comentar alguna de aquellas frases.

Una rezaba textualmente: «Le es lícito a todo hombre escoger la religión que considere en conciencia como verdadera». Semejante afirmación quedaba condenada en el *Syllabus*. Así que empecé por mostrar a quienes me escuchaban que, para la Iglesia, el principio de la moralidad es seguir la propia conciencia: un acto es moral cuando expresa la unidad de la persona, y la unidad de la persona se afirma cuando es coherente con la conciencia. Naturalmente hice notar a continuación que, visto que los católicos son particularmente «conformistas», en todo el mundo y en todos los seminarios se estudia esta misma afirmación en los textos de teología moral; y que, además dado que los católicos son también «conservadores», este esquema estaba en vigor desde hacía cuatro siglos. Así pues, pregunté a mis alumnos: ¿puede un católico suscribir esta frase o no? ¿Tiene que adherirse a esta con dena? Cuando la clase terminó de dividirse en respuestas contradictorias, di mi respuesta. Ante todo, una mínima sensibilidad histórica impone que se sitúen las afirmaciones que se somete a examen en el contexto de la época en que se han pronunciado y que se tomen en consideración todas las circunstancias que las han motivado. El *Syllabus* se escribió en 1864 como compendio «de los errores de nuestro tiempo» y se proponía dirigirse a los católicos para aclararles hasta qué punto la mentalidad corriente se había alejado del dogma católico. El *Syllabus* no tenía intención de responder en aquel contexto a una preocupación «ético-subjetivas», sino que le preocupaba el punto de vista histórico-objetivo: es decir, lo que apremiaba en aquel compendio era mostrar a los católicos que aquella frase, en aquel contexto de la historia del hombre, tenía como objetivo negar el carácter de hecho histórico que tiene el cristianismo, la verdad de la Revelación. Ahora bien, si es cierto que Dios se ha hecho hombre para indicar a los hombres el camino, no hay duda de que el camino es el indicado por Él, y a ningún hombre le es lícito seguir la religión imaginada por su propia conciencia. Este es el sentido histórico-objetivo de la frase del *Syllabus*. De acuerdo con este tipo de preocupación la frase es justísima. Pero, ¿y si uno no sabe que Dios se ha hecho hombre? ¿Y si uno no lo entiende? ¿Y si se lo han atestiguado de tal manera que se lo han hecho incomprensible? Entonces es lícito para él actuar según su conciencia: así se respeta el sentido ético-subjetivo, el sentido en el que esa frase fue condenada por el *Syllabus*. Por eso el concilio Vaticano II ha afirmado con fuerza que la libertad

religiosa es una componente de dignidad humana, aplicando precisamente un criterio ético-subjetivo, cosa que, en todo caso, habría podido suscribir un católico de cualquier época simplemente apoyándose en su tradición.

Concluamos esta reflexión nuestra sobre lo que implica la afirmación de que la Iglesia está formada por hombres, subrayando de nuevo que cada uno de los condicionamientos a los que nos hemos referido -temperamento, mentalidad, factores ambientales e históricos-culturales- constituye un elemento para esa encarnación de lo divino que la Iglesia sostiene como definición de la naturaleza de su ser y del contenido de su mensaje. Esto es: lo divino se encarna verdaderamente, usa verdaderamente lo humano como instrumento suyo, no le resultan vanos e inútiles sus factores contingentes sino que los usa también como instrumentos de salvación, o sea, como instrumentos para reproponer la verdadera relación entre el hombre y su destino.

Jacques Leclercq, en una bellísima página, comentando la vida terrena de Jesús, nos recuerda: «Venido a traer la salvación a los hombres, se somete a las leyes de la naturaleza: predica, y su voz llega tan lejos como la voz humana; conoce todos los secretos de la naturaleza, habría podido prever los descubrimientos de nuestra época que llevan la voz del hombre a través del espacio, y no quiso; los hombres de su tiempo no se hablaban de un continente a otro, y Él no quiso que su voz llegase más lejos que la de los demás [...] Habla el lenguaje de su tiempo, se expresa según los usos de su pueblo; su estilo refleja la manera de pensar y de sentir de su país y de su época [...] Hay milagros, es cierto [...] pero los milagros manifiestan su trascendencia, no impidiéndole aceptar el orden humano en el curso ordinario de su vida y su vida y someter a él su acción»¹⁰.

¹⁰ J. Leclercq, La vida de Cristo es su Iglesia, op. Cit. Tr. Pp. 29ss